

Via Crucis

1ª estación: la noche de Getsemani

Palabra de Dios

Después de la cena de Pascua, Jesús conduce a los apóstoles al monte de los Olivos. Es de noche. Llegados allí, El les dice: «Velad y orad para no sucumbir a la tentación». Luego, se aleja un poco (...)

Puesto de rodillas. El oraba: «Padre, sis quieres ¡aparta de mí este cáliz! Pero no se haga mi voluntad sino la tuya.» Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. En Jesús se libra un combate...

El ora más ardientemente. Y su sudor se tornó como gotas de sangre que caían hasta el suelo. Levantándose de la oración, vino donde los discípulos. Y los encontró dormidos. Y les dijo: «¿Cómo es que dormís? Levantaos y orad, para que no caigáis en tentación.» (Lc 22, 39 - Mc 14, 32).

Meditación

Los Evangelios no son reportajes como se haría hoy día; son documentos de fe y de catequesis y nada ha sido anotado por casualidad. Todo corresponde a una intención en estos relatos. Es la noche, anota Juan. No es solamente la noche astronómica que sobreviene después de la puesta del sol. Es la noche de los corazones, es la noche del mundo prisionero del pecado y, consciente de esta oscuridad que ensombrece el mundo, Jesús dice: «Velad y orad para no caer en tentación». Jesús se aleja, pues, para la hora, él está solo en esta soledad, solo en esta angustia. Nosotros le seguiremos después; haremos, después, el via crucis, pero por el momento él está solo, frente a su Padre, cargando solo el peso del mundo entero. De rodillas, dice Lucas, quien en su Evangelio ama temperar lo que hay de excesivo por temor de que esto toque a la imagen divina de Jesús. Pero Marcos reconoce que Jesús está totalmente extendido por tierra, orando a un Dios silencioso que no responde; «Padre, todo lo puedes, aleja de mí este cáliz, empero no lo que yo quiero sino lo que tú.» Lucas, cuidadoso de humanizar la Pasión, anota, él sólo, el confort que le brindó a Jesús un ángel del cielo.

Allí se libra un combate, el combate de la luz contra las tinieblas, del amor contra el odio, del pecado contra la gracia, un terrible combate, en griego *agón*, una *agonía*. Jesús ora más ardientemente. Lucas quien según el testimonio de Pablo, era probablemente médico, anota el sudor de Jesús, cómo esto puede suceder en un caso de extrema angustia, se transforma en gotas de sangre. Blaise Pascal lo anotó en su Misterio de Jesús: es la única vez en todo el Evangelio, que Jesús mendiga ante los hombres un poco de confort. De ordinario, es él quien conforta. Aquí, él mendiga un poco de vigilancia y de oración. Jesús, como Pascal, ha rogado a los hombres y no ha sido escuchado. «¿Cómo es que dormís? Levantaos y orad, para que no caigáis en tentación.» ¿Vamos nosotros a escuchar su oración?

Estribillo

Si, ¡me levantaré e iré donde mi Padre!

2ª estación: el beso de Judas

Palabra de Dios

Se presentó un pelotón, y al frente de él uno de los doce, el que se llamaba Judas. Se acercó éste a Jesús y le besó. Pero Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre!»

Viendo los que con él estaban lo que iba a suceder, dijeron: Señor, ¿embestimos con la espada? Y uno de ellos hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Respondióles Jesús: ¡Dejad! ¡Basta ya! Y tocando la oreja, le curó. Y dijo Jesús a los que habían venido contra él: ¿Habéis salido como contra un salteador, con espadas y palos? Todos los días he estado con vosotros en el templo, y no me pusísteis las manos encima. Pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.» (Lc 22, 47).

Meditación

Los cuatro Evangelios subrayan la soledad de Jesús a la hora de su Pasión y de su muerte. Soledad, porque uno de los doce, como insiste el Evangelio, uno de los doce le traiciona. Y, en el colmo de la dureza, le traiciona a través de un beso.

Jesús no se facilitó la tarea cuando eligió a los doce. Nosotros habríamos tomado, tal vez, doce apóstoles bien conformes, que pensaban como nosotros. Jesús eligió a hombres muy diferentes: un controlador de los impuestos al servicio de los ocupantes romanos: a pecadores; a un Zelote, guerrillero de la lucha armada contra el ocupante; a Judas que, según el testimonio del Evangelio de Juan, era muy apegado al dinero; él robaba lo que se metía en la bolsa pues estaba probablemente decepcionado de que Jesús no correspondía a la idea que él se hacía de un Mesías victorioso. Los otros, en ciertos aspectos, no valían más: Pedro, que reniega; Santiago y Juan que buscan, gracias al padrino de su madre, ocupar buenos puestos en el Reino por venir.

¡Que soledad! Soledad sobre la que él regresará en el último siglo. Santa Teresita del Niño Jesús cuando habla del poco amor que le dan a Jesús aquellos que ella llama sus amigos, los sucesores de los apóstoles, los sacerdotes. Teresa había quedado muy impresionada por su peregrinación a Roma. Allí había muchos sacerdotes; algunos excelentes, otros decepcionantes y sin embargo amigos suyos.

Soledad de Jesús en medio mismo de los suyos, traicionado por uno de los doce. Y los otros no reaccionan mucho mejor. Ellos quieren recurrir a las armas. «¿Embostimos con la espada?» Y uno de ellos, sin esperar la respuesta, hiere al siervo del sumo sacerdote y, según Juan, le corta la oreja derecha. Lucas anota la curación que Jesús obra, él que es muy cuidadoso de mostrar, como Juan, que, incluso en la miseria de la Pasión, Jesús sigue siendo el Señor. Traicionado por Judas, incomprendido por los otros que reaccionan de manera inoportuna, y rodeado de una multitud que lo detiene como si él fuera un bandido, Jesús está solo.

Jesús no puede dejar de estar solo en el momento en que él libra el combate decisivo contra aquél que, en el Evangelio de Juan, él llama «el príncipe de este mundo» y que es aquí evocado por Lucas según la designación que habla del «poder de las tinieblas.» Acompañemos a Jesús en esta soledad.

Estribillo

Danos, Señor, un corazón nuevo.
Pon en nosotros, Señor, un espíritu nuevo.

3ª estación: le proceso de Jesús

Palabra de Dios

«Condujeron a Jesús a presencia de Caifás, el sumo sacerdote. Y se congregaron todos los sacerdotes, ancianos y escribas. Entonces, se dieron a buscar alguna declaración contra Jesús, para condenarle a muerte; pero los testigos no concordaban sus testimonios. Por fin aparecieron dos, quienes dijeron: «Puedo destruir el Santuario de Dios y en tres días reedificarlo.» (...) Puesto de pie, el sumo sacerdote díjole: «¿Nada respondes? Pero Jesús guardaba silencio. «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.» Respondióle Jesús: «Tú lo has dicho. Además os anuncio: «Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Omnipotente.» – «Acabáis de oír su blasfemia. ¿Qué opináis? Respondieron ellos: «Reo es de muerte.» (...) Entonces le escupieron en el rostro y le abofetearon.» (Mc 14, 53 - Mt 26, 57).

Meditación

Cuando un proceso no es mas que una parodia de justicia, todos los argumentos son buenos y se echa mano de todo.

Para hacer condenar a Jesús, se saca de su contexto una palabra que él ha pronunciado haciendo alusión al templo de su cuerpo, y se le acusa de haberlo escuchado decir: «Yo puedo destruir este templo y reedificarlo en tres días.» E incluso estos testimonios no concuerdan entre sí. Viene entonces el momento decisivo del proceso de Jesús, cuando el sumo sacerdote se levanta al momento de la asamblea y, ante el silencio de Jesús, lo conjura: «Por el Dios vivo, ¿eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo?» Jesús responde: «Tú lo has dicho.» Hasta entonces, él no incurre en condenación, pues el Mesías, cuando venga, debería reivindicar de ser el Mesías. Pero citando a Daniel, Jesús agrega: «Veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, sentado a la diestra del Omnipotente.» Jesús, a través de estas palabras solemnes tomadas de Daniel, reivindica ser de condición divina tan bien que él será condenado por blasfemo. Después de esto vienen las injurias, las bofetadas, los golpes. Juan, siempre cuidadoso de subrayar que el que es así humillado es el Hijo de Dios, anota la respuesta solemne soberana de Jesús a un esbirro que lo abofetea: «Si he hablado mal, demuéstrome, mas si hablé bien, ¿por qué me golpeas?» Jesús domina la situación, sin embargo, es apresado. En su primera venida, su venida en la humildad y la humillación, Jesús fue juzgado y condenado por los hombres y durante su nueva venida en la gloria («¡Ven, Señor Jesús!») Jesús vendrá, como lo

decimos en el *Credo*, para juzgar a vivos y muertos.

El que fue juzgado será el juez de todo hombre y de toda la historia y el que hemos condenado vendrá, si se lo permitimos, para salvarnos.

Estribillo

*¡Haz aparecer tu día y el tiempo de tu gracia!
¡Haz aparecer tu día, que el hombre sea salvado!*

4ª estación: la negación de Pedro

Palabra de Dios

« En casa del sumo sacerdote, Pedro está en el patio, cerca del fuego. Llega una criada y le dice: «Tú también andabas con el Nazareno.» Pedro responde: «Ni sé ni entiendo de qué me hablas.» y salióse afuera, al zaguán. La criada lo vuelve a ver y dice: «¡Este es uno de ellos!» Pero él lo negaba de nuevo. Poco después, los que estaban allí volvieron a decir a Pedro: «Ciertamente eres de ellos; pues además eres galileo.» Entonces Pedro se puso a echar imprecaciones y a jurar: «¡Yo no conozco a este hombre de quien habláis!» A continuación cantó un gallo por segunda vez. Inmediatamente Pedro recordó lo que le había dicho Jesús: «Antes de que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.» Y rompió a llorar.» (Mc 14, 66-72).

Meditación

Pedro no se muestra muy valiente en esta escena, pero él es sin embargo más valiente que los otros apóstoles que huyeron simplemente, mientras que él está ahí aunque a distancia y hasta donde puede de incógnito. El que había dicho: «Aunque todos los otros te abandonen, yo no te abandonaré. Contigo iré a prisión, a la muerte» he ahí que interrogado por una simple criada, él niega tres veces y con juramento, a su maestro: «No, yo no conozco a este hombre. No comprendo lo que quieres decir. No.» Cuando el gallo cantó por segunda vez después de la triple negación, Pedro comprenderá lo que acaba de hacer y Lucas, siempre muy sensible a lo que es humano y a la misericordia en su Evangelio, es el único en anotar que en ese momento, Jesús, durante su proceso, pasa, atado, y su mirada encuentra la de Pedro y es solamente en esta mirada que Pedro va a comprender la realidad, la gravedad de su pecado. Y saliendo fuera, él lloró amargamente. Siempre sucede así cuando nosotros encontramos la mirada de Jesús y comprendemos nuestro pecado y, al mismo tiempo, el perdón que se nos ofrece; nuestra miseria y la misericordia que se nos da... Todo esto en una misma mirada.

Al final del Evangelio de Juan encontramos a Pedro en presencia de Jesús que, por tres veces, va a preguntarle: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Y sin mencionar la triple negación durante la Pasión, esta triple pregunta le recuerda a Pedro discretamente su pecado, para decirle una vez más toda la confianza que Jesús pone en él hasta confiarle todas las ovejas del rebaño siempre que ahora, por tres veces, él confiese a Jesús el amor que tiene por él. Sí, Señor, tú lo sabes todo, tú sabes bien que yo te amo. Es así como el Señor sabe sacar incluso de nuestros pecados un amor más grande y, de nuestras negaciones sabe sacar una fidelidad renovada por su gracia.

Estribillo

*Cordero de Dios ¡que quitas nuestros pecados!
Cordero de Dios ¡que quitas nuestros pecados!
Tú das vida al mundo, ¡Vida !
Tú das vida al mundo..*

5ª estación: Jesús ante Pilato

Palabra de Dios

«El Procurador interroga a Jesús: «¿Eres tú el rey de los Judíos?» Jesús declara: «Tú lo has dicho.» Pero a las acusaciones de los sumos sacerdotes y de los ancianos, Jesús no responde nada. Pilatos le dice: «¿No oyes cuántas cosas testifican contra tí? Jesús se calla. El Procurador está asombrado. Según la costumbre, cada año por la fiesta de la Pascua, solía el Procurador otorgar al pueblo la libertad de un preso, a elección de ellos. Había entonces un preso famoso, de nombre Barrabás. Preguntó, pues, Pilato a la multitud congregada: «¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías?» La multitud, influenciada por los sumos sacerdotes y los ancianos, respondió: «¡A Barrabás!» - «¿Qué haré pues con Jesús, llamado el Mesías?» Mas ellos con desbordado furor vociferaban «¡Sea crucificado!» Pilatos, frente a la multitud, se lava las manos: «¡Soy inocente de la sangre de este justo!» - «¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (Mt 27, 11- 25).

Meditación

Esta es una de las escenas más trágicas de la Pasión, que revela la bajeza hasta donde puede llegar el corazón humano, él que sin embargo es capaz de tan altas cumbres. Pilato toma las cosas por el sesgo político, esa es su misión; él es procurador romano, representante del poder de Cesar en ese territorio perdido del imperio romano. «¿Eres tú el rey de los Judíos?» Todo es comprendido al revés. Ninguna respuesta le puede convenir. Si Jesús responde, será objeto de nuevos malentendidos. Jesús responde sin responder. «Tú lo has dicho», luego se calla. Y esto sorprende al procurador. ¡Un condenado que no dice nada en su defensa! Pilatos piensa poder salir de este apuro otorgándole a Jesús la gracia que él otorga en cada fiesta de la Pascua, para los condenados judíos. Hay otro condenado célebre en ese momento, un niño encontrado que ha resultado malo y que, como los niños encontrados en esa época, ha recibido un nombre que no es en verdad uno, lo llamaban «hijo de su padre»: Barrabás. Si el Evangelio anota esto, es para subrayar la irrisión de la elección, pues Jesús es, en el sentido más fuerte, el hijo de su padre. Se elige el amotinado y el verdugo. Pilato, convencido de la inocencia de Jesús, busca todavía alguna escapatoria, pero va a ceder ante los gritos de la multitud y sobre todo ante el argumento político de los jefes religiosos del pueblo. Estos estaban convencidos de que Israel no podía ser mas que una teocracia donde Dios es el dueño y única autoridad, pero para deshacerse de Jesús, ellos van a decir a Pilatos: «No tenemos otro rey fuera del emperador de Roma.» ¡Aunque ellos odian a los Romanos! ¡Esta escena es un tejido de cobardía, una convergencia de intereses sórdidos, un entrelazado de bajeza, de mezquindad y de traición : «Soy inocente de la sangre de este justo.» Y de manera inconsciente, la multitud responde: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» De esta refriega sórdida, emerge, solitario, el testimonio de Jesús que, ante Pilato que lo interroga sesgadamente sobre su realeza, responde: «Si, yo soy rey y he venido a este mundo para dar testimonio de la verdad y quien pertenece a la verdad escucha mi voz.» Esta es la única palabra digna pronunciada durante este proceso. Todo el resto es irrisión y bajeza. Quien pertenece a la verdad escucha mi voz.

Estribillo

*Haz aparecer tu día y el tiempo de tu gracia
Haz aparecer tu día para que el hombre sea salvado.*

6ª estación: la corona de espinas

Palabra de Dios

«Pilato hace flagelar a Jesús. Los soldados del Procurador llevaron consigo a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte. Le desnudaron y le echaron encima un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo; «¡Salve, Rey de los Judíos!» y después de escupirle, cogieron la caña y le golpeaban en la cabeza. Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron el manto, le repusieron sus ropas y le llevaron a crucificarle.» (Mt 27, 27-31).

Meditación

Esta escena corresponde a una estrategia de Pilato impregnada de una pizca de humanidad. Esperando emocionar a la multitud ante el espectáculo de Jesús flagelado, Pilato ordena que le flagelen a fin de poder liberarle.

La flagelación era un suplicio temible. Normalmente, se limitaba el número de golpes a treinta y nueve. Uno de menos que la tarifa prevista, para evitar una muerte prematura del ajusticiado. El Sudario de Turin da un testimonio excepcional sobre este tormento infligido al cuerpo de Jesús. Aunque hace algunos años, de manera un poco precipitada, se desacreditó esta sagrada reliquia, hoy día estudios más profundos muestran que es digna de fe esta reliquia que comenzó a hablar 19 siglos después de haber sido realizada de otra manera que por la mano de los hombres. Cuando se analiza de cerca la imagen dorsal del Sudario, se ve en la espalda huellas como de pequeños huesitos; son las pequeñas billas de fierro del látigo que laceraron las carnes.

Une fois que lo flagelaron, se asiste a una escena de la guardia de corps. Se divierte con el condenado. Una capa de soldado le sirve de manto real, se tranzan espinas como una suerte de corona que le hunden sobre la cabeza y le ponen una vara en la mano a modo de cetro. Y doblan la rodilla ante el rey: «¡Salve, rey de los Judíos!», entre escupitajos y golpes. Jerónimo Bosch ha inmortalizado esta escena en algunas de sus pinturas, donde se ve las caras haciendo muecas que rodean el rostro santísimo del Señor.

Y luego, después de haberse burlado bien de él, le quitan el manto, le devuelven sus vestimentas y lo llevan a crucificarlo.

Vale la pena detenerse, una a una, en las escenas de la Pasión. Nosotros escuchamos estas escenas, pero en fila, el Domingo de Ramos el Viernes Santo. Vale la pena detallarlas. Quién sabe si un día una de estas escenas no podrá conducirnos a una conversión, como fue el caso de Santa Teresa de Avila, quien estaba en el monasterio de la Encarnación, una carmelita muy ávida del locutorio, sobre todo con los hidalgos del país, una carmelita mundana. Solamente a la edad de 40 años un día ella se detuvo, en el claustro, ante una estatua que estaba allí desde siempre, pero que ella miró por primera vez, verdaderamente: una estatua que representa a Jesús siendo ultrajado. Esta mirada, como la

mirada de Jesús a Pedro, la tocó, la emocionó mucho y la llevo, finalmente, después de años de vida carmelitana, a convertirse. «Perdón, Señor, dirá ella, por haberos hecho esperar tanto tiempo!» Como decía ya Agustín: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y siempre nueva, tarde te amé!»

Estribillo

*¡Tú eres mi pastor, oh Señor!
¡Ningún mal temeré porque tú vas conmigo!*

7ª estación: Jesús es cargado con la cruz

Palabra de Dios

«Cuando iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los doce y les dijo por el camino: «Mirad que subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas: le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará.» (Mt 20, 17-19).

Jesús decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.» (Lc 9, 23).

Pilato entregó a Jesús para que fuera crucificado. Tomaron pues a Jesús y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama «Gólgota». (Jn 19, 16-17).

Meditación

No hay mucho que decir de esta escena porque cuando se llega a lo esencial, la palabra es demasiado corta. La palabra, nuestras palabras, pertenecen a menudo a la vía ancha de que habla Jesús en el Evangelio; la vía estrecha. La que conduce a la vida es a menudo habitada por el silencio.

Jesús prácticamente no habla durante el vía crucis. Sin embargo no falta el ruido a su alrededor. Hay que imaginarse, en las pequeñas callecitas de Jerusalén, este cortejo bullanguero compuesto de gente mayormente indiferente. Un poco como cuando, durante una procesión del Santísimo Sacramento, se pasa con el Señor en medio de una multitud donde sólo un pequeño número sabe que él pasa, mientras que muchos otros continúan bebiendo su cerveza o, de pie a la orilla del camino, fuman su cigarrillo no sabiendo quién pasa. No sabiendo lo que pasa.

En medio de la indiferencia y el ruido, pasa, silenciosa, la Palabra de Dios que carga la cruz. Pues si Jesús carga la cruz, al cargarla El está cargando al mundo. Nuevo Atlas cargando el mundo sobre sus hombros. Y si los sinópticos notan que un hombre será llamado a llevar la cruz con Jesús, Juan ha sido sobre todo sensible al hecho de que Jesús, por una parte, la cargó él mismo, pues está deseoso de subrayar la soberanía divina de Jesús que, incluso cuando está aplastado por el peso de la Pasión, sale para llegar al lugar llamado calvario cargando él mismo su cruz.

De lejos, como podemos, pobremente, en silencio, nosotros seguimos a Jesús ahí donde sin embargo nadie puede seguirle.

Estribillo

*¡Cordero de Dios que quitas nuestros pecados!
¡Cordero de Dios que quitas nuestros pecados!
¡Tú das vida al mundo, Vida!
Tú das vida al mundo.*

8ª estación: Simón ayuda a Jesús

Palabra de Dios

«Habiendo hecho salir a Jesús para crucificarlo, obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz. (Mc15, 21).

Jesús dijo un día: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.» (Mt 11, 28-30).

«Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo.» (Rom 15, 1 - Gal 6, 2).

Meditación

Simón no había previsto ser requerido, él fue sorprendido. Como nosotros mismos a veces somos tomados por el Señor, en un momento imprevisto y somos arrastrados, sin haberlo programado, a su aventura de él.

Pero este gesto que Simón tuvo al cargar la cruz de Jesús durante una parte del trayecto, este gesto dio fruto. Marcos, escribiendo para la comunidad cristiana de Roma, menciona sin explicar de qué se trata, a Alejandro y Rufus, como dos personajes conocidos por todo el mundo en la comunidad cristiana de Roma. Son los dos hijos de Simón.

El requerimiento de este día dio fruto igual que, en nuestras vidas, un fruto por el momento desconocido, se dará por generosidades que se nos habían quitado, más allá de lo que habíamos programado.

Simón ayudó a Jesús a cargar la cruz y Jesús nos invita a llevar la cruz tras de él y precisa «cada día».

Cargamos la cruz de Jesús, pero es tan poca cosa al lado de lo que él, siempre, carga en nuestras vidas. Pues él es el Simón Cireneo de toda la humanidad y es porque él carga todo que puede decirnos: «Cargad con mi yugo y encontraréis descanso. Si, mi yugo es suave y mi carga ligera» pues toda carga que llevamos es primero cargada por él, aliviada por él.

Y al mismo tiempo que Jesús carga nuestra cruz y que nosotros cargamos un poquito la suya, él nos invita, a través de su apóstol Pablo, a cargar igualmente los fardos unos de otros. Así cumplimos la ley de Cristo: «Amaos unos a otros como yo os he amado. »

Estribillo

*Danos, Señor, un corazón nuevo,
Pon en nosotros, Señor, un espíritu nuevo.*

9ª estación: «no lloréis por mí!»

Palabra de Dios

«Camino al Gólgota, Jesús es seguido por mucha gente del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras por vuestros hijos (...) Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?» (Lc 23, 27.31).

«Juan Bautista decía a la gente que acudía para ser bautizada por él: «...dad pues frutos dignos de conversión (...) y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.» (Lc 3, 8.9)

Meditación

Hay lágrimas que Jesús no desea, las que no comprometen a nada o que sirven ante todo para auto consolarnos libre curso a nuestra sensibilidad.

Hay lágrimas, verdaderas que sólo Jesús y María pueden llorar.

Estas mujeres hacen bien en emocionarse en la multitud al lado de tantos otros que no se impresionan, pero Jesús quiere conducirlos a lágrimas más amargas y más profundas: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí.» Él va a tratar de hacerlas tomar conciencia de la verdadera angustia de ellas, de todos nosotros, más que emocionarse pasando al lado de un injusticiado que va hacia el patíbulo: «Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Pues si tratan así al leño verde que soy yo, el árbol de vida, ¿que sucederá con vosotros, con nosotros que somos leños secos, que somos esos sarmientos que no dan fruto, que hay que cortar y que, cortados, se secan para ser quemados?» Estas son palabras duras aunque estén orientadas hacia una buena nueva, la de la conversión y de la misericordia.

Que a través de este via crucis el Señor nos conduzca a verdaderas lágrimas de arrepentimiento, lágrimas que expresen menos nuestra sensibilidad que el sufrimiento de Dios o de María y la angustia del mundo.

Estribillo

Si, me levantaré e iré donde mi Padre.

10ª estación: Jesús crucificado

Palabra de Dios

« Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»

Los soldados se repartieron luego sus vestidos, echando a suertes. Estaba el pueblo mirando. Los magistrados hacían muecas diciendo:

«A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido.»

(...) Los soldados también se burlaban de él. Se acercan y le presentan una esponja con vinagre: «Si eres el rey de los Judíos, sálvate a tí mismo.» (Lc 23, 33-37).

"Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere, ya que dijo: «Soy Hijo de Dios.» (Mt, 27, 43)

Meditación

«Oh Virgen María, aquel que el mundo entero no puede contener se encerró en tu seno haciéndose hombre ! » Y ahora, bastan tres clavos bien colocados, con arte, para reducir humanamente a la impotencia al Todopoderoso, el Verbo de Dios hecho carne ahora crucificado.

Jesús practica sobre la cruz el quinto pedido del Padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.» En nuestro nombre y en nuestro lugar, El dice la primera parte de esto y, por sí mismo, El pronuncia y vive la segunda: «perdónales, porque no saben lo que hacen.»

Como entorno de Jesús, fuera del pequeño grupo de mujeres, con un discípulo del que se tratará más tarde, están los que miran y rien burlones mientras que los soldados prosiguen su tarea y se reparten las vestimentas y se sortean la túnica jugándola a la suerte, como está escrito en el Salmo 22.

A las invitaciones que le son dirigidas, entonces como hoy día a intervenir con poder antes de hora, – «¡Sálvate a tí mismo!»- «¡Baja de la cruz!», Jesús responde a través de su impotencia, pues es la hora de la impotencia de Dios, hasta el día fijado.

Y así como Caifás había profetizado sin saberlo diciendo: «Vale más que un solo hombre muera por todo el pueblo», igual los que se burlan, citan sin reconocerla, la verdadera dignidad de aquel que está allí crucificado: «Pues él dijo: Yo soy el Hijo de Dios.»

Estribillo

*¡Haz aparecer tu día y el tiempo de tu gracia!
¡Haz aparecer tu día para que el hombre sea salvado!*

11ª estación: el buen ladrón

Palabra de Dios

Uno de los malhechores colgados le insultaba. «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a tí y a nosotros!» Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio éste nada malo ha hecho.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.» Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.» (Lc 23, 39-43).

Cristo murió por los impíos; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir, pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. Si

fuiamos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡Con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!»
(Rom 5, 6).

Meditación

¡El buen ladrón, decimos!

El era ante todo un ladrón, es decir un bandido, que se volvió bueno en ese momento, cuya vida se dio vuelta en un instante viendo a este otro condenado a su lado, del cual no sabía nada, pero cuyo comportamiento lo impresionó. Lo que lo lleva a decir al otro, al tercero: «Tú no tienes temor de Dios, tú que sufres el mismo castigo, para nosotros es justicia, pagamos nuestras fechorías, pero él no ha hecho nada malo.» Es casi el único en todo el via crucis que dice de Jesús que él no ha hecho nada malo. San Agustín, en un emocionante sermón, pide al buen ladrón: «¿Cómo así comprendiste quién era Jesús cuando estaban allí los doctores de la ley, los escribas? ¿Habías tú estudiado en secreto las Escrituras? ¿Cómo así comprendiste?» y Agustín pone en labios del buen ladrón la respuesta: «Jesús me miró y en su mirada comprendí todo.»

El comprendió lo que ningún otro en ese momento comprendía, él comprendió que el que moría allí, como él, condenado, del suplicio reservado a los esclavos (en Israel no se crucificaba, se lapidaba y en Roma no se crucificaba a los ciudadanos romanos, sino únicamente a los extanjeros y los esclavos), él comprendió que el que moría allí, a su lado, crucificado, era rey.

«Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!»

El es el primer canonizado de la historia de la Iglesia, el que un minuto antes era un ladrón.

«Hoy mismo, en verdad te lo digo, tú estarás conmigo en el Paraíso.»

El es el patrón muy amado de todos los prisioneros, especialmente de los que expían pesadas penas en las prisiones y que, mirando al buen ladrón, comprenden que toda vida puede ser salvada, que nada está perdido para Dios y que, como decía santa Teresita del Niño Jesús, para Dios el tiempo no es nada y en un instante Dios puede hacer florecer un alma. Esto es lo que él hizo por el buen ladrón.

«Hoy mismo tú estarás conmigo en el paraíso.»

Hélo ahí propulsado, catapultado, en un minuto, del patíbulo al reino, de la cruz a esta gloria de Dios que tuvo misericordia de él.

Estribillo

¡Cordero de Dios que quitas nuestros pecados!
¡Cordero de Dios que quitas nuestros pecados!
¡Tú das vida al mundo, vida!
Tú das vida al mundo. .

12ª estación: María al pie de la cruz

Palabra de Dios

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopas, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.» (Jn 19, 25-27).

Meditación

Esta es la segunda vez en el Evangelio de Juan que escuchamos a Jesús hablar a María y cada vez diciéndole «Mujer». Es que, en estas dos circunstancias, en las bodas de Caná y al pie de la cruz, María es más que María.

En Caná, durante estas bodas en que faltaba el vino, Jesús se presentó como el verdadero esposo de otras bodas donde el vino no faltará jamás, el esposo de las bodas entre él mismo y su Iglesia finalmente toda la humanidad. Y María en Caná es no solamente la madre de Jesús, sino que es la mujer, la nueva Eva que por adelantado reprenta a la Iglesia, que es la esposa de Cristo, la verdadera novia de las bodas de Caná. y cuando María le pide a Jesús intervenir, él le responde, pensando en las bodas para las cuales él ha venido: «Mujer, todavía no ha llegado mi hora.» Pues la hora de las bodas será la hora de la cruz, será la hora que san Juan llama en el Evangelio simplemente, la Hora, con H mayúscula. Es allí donde las bodas serán selladas en la sangre derramada.

Y aunque la bodas no se han concluído todavía, él ofrece ya el vino de las bodas.

Pero ahora estamos en la hora de Jesús, y María está ahí, al pie de la cruz, con tres otras mujeres, con su hermana, cuyo nombre ignoramos, con María, la esposa de Clopás y María de Magdala. Tres «Marías» al pie de la cruz : la Inmaculada, la pecadora María Magdalena y otra María que es simplemente una María que pertenece a la clase media de la humanidad, entre la Inmaculada y la gran pecadora. Ese es el pequeño resto de Israel del que habían hablado los profetas. El pueblo de la primera alianza está ahí como resumido en estas pocas mujeres y un discípulo al pie de la cruz y este pequeño resto de Israel está, en esta hora, volviéndose la Iglesia, la nueva Eva, la Esposa de Cristo. Así como la primera Eva fue tomada del costado abierto del primer Adán sumido en profundo sueño, he ahí que la nueva Eva está naciendo del costado de Jesús que va a ser abierto al momento de dormirse en la muerte.

María es aquí más que María.

Ella es la Iglesia naciente – y es la Esposa eterna del Amado, por eso Jesús no la llama «mamá», la llama «Mujer»; ella es la nueva Mujer, es la nueva Humanidad, «Mujer, he ahí a tu hijo.»

Y, a partir de esta hora, nosotros nos volvemos hijos e hijas de la madre de Jesús: «He ahí a tu madre. » En adelante podemos volvernos hacia María que ya no es solamente madre de Jesús, sino madre de la Iglesia, la madre de todos nosotros y, como San Juan, desde esta hora la llevamos a nuestra casa para que ella esté con nosotros.

Estribillo

*A tí, Nuestra Señora, te cantamos,
A tí, Nuestra Madre, te rogamos*

*A tí que tocas al Espíritu, a Tí que tocas la Cruz,
A tí que das esperanza y que mantienes la fe.*

13ª estación: muere Jesús

Palabra de Dios

« Llegada la hora sexta (entre las doce del mediodía y las tres de la tarde) hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. A la hora nona, gritó Jesús con fuerte voz: «Eloí, Eloí, ¿lema sabactani?» que quiere decir «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Al oír esto, algunos de los presentes decían: «Mira, llama a Elías.» Entonces uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber diciendo: «Dejad, y vamos a ver si viene Elías a descolgarle.» Pero Jesús lanzando un fuerte grito, expiró.» (Mc 15, 33-38).

El apóstol Pablo escribirá un día: «Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado.» (1 Cor 2, 1).

Meditación

Es grande el misterio de la fe:
Proclamamos tu muerte, Señor Jesús.
Celebremos tu resurrección.
¡Esperamos tu venida en la gloria!

Nada ha sido escrito en los Evangelios por casualidad o por anécdota. Estas tinieblas que recubren la tierra desde el mediodía hasta las tres de la tarde no han sido anotadas para señalar un eclipse o un tiempo particularmente sombrío. Ellas son mencionadas porque expresan exteriormente las tinieblas de Jesús al ser abandonado y las tinieblas de los pecados que él carga. Igualmente, el terremoto anotado por los Evangelios cuando Jesús muere, no es mencionado por preocupación de sismología, sino porque este estremecimiento expresa exteriormente el gran estremecimiento, el más grande en la historia de este mundo: el estremecimiento de la muerte del Príncipe de la vida, el que muy pronto va a desembocar en la resurrección y hará balancear el mundo de la muerte a la vida. Cuando el Evangelio anota que el velo del templo se desgarró de abajo hacia arriba es para significar que la primera alianza ha dado lugar a la nueva y que en adelante el acceso está abierto hacia el Santo de los Santos.

Nada ha sido anotado por casualidad.

El grito de Jesús sobre la cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» impresionó de tal manera que ha sido informado por Marcos y Mateo en el idioma en que Jesús lo pronunció: «Eloí, Eloí, ¿lama sabaqtani?» Ya sea que se trate de judíos que ya no conocen nada del hebreo, o bien de extranjeros que tampoco comprenden el arameo, siempre sucede que no escuchan mal. «¡Eloí, Eloí!» y se figuran que él llama a Elías para que lo socorra. Hay todavía otras tres palabras de Jesús en la cruz. Dos informadas todavía por Juan: «¡Tengo sed!» La fuente de vida que brota para la vida eterna, ¡oprimida por la sed! «Todo ha sido consumado!» y luego, la última palabra guardada por Lucas, siempre deseoso de humanidad y de dulzura: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu.»

Y luego esta palabra que no es ya palabra, este gran grito, este gran clamor que Jesús lanza al momento en que entrega el espíritu, al momento en que exhala ya el Espíritu Santo. Al momento en que la Pascua va a comenzar a brillar y en que se anuncia Pentecostés: él entrega el espíritu. Una fuente que no cesará jamás de brotar y que, en sus grandes aguas, traerá la salvación del mundo.

Estribillo

*¡Victoria, tu reinarás, oh cruz, tú nos salvarás!
¡Devuelve su valor al pobre y al desgraciado!
¡Tú eres nuestra esperanza que nos llevará hacia Dios!*

14ª estación: Jesús es sepultado

Palabra de Dios

Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que se había hecho también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato dio orden de que se le entregase. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca; luego hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue.

Estaban allí Maria Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro. (Mt 27, 57-61).

Meditación

Antes de colocarlo en la sepultura sucede el lanzazo y el costado abierto hasta el corazón. De ahí comienza a brotar la fuente de vida pascual, llamada a convertirse en ese río inmenso de que habla el capítulo 22 del Apocalipsis, que siembra la vida para siempre a su paso.

Viene la tarde cuando todo se termina.

El capítulo 53, 9 de Isaías, donde se trata del siervo sufriente, estaba escrito: «El encontró su sepultura entre los ricos.» Y es un rico, José de Arimatea, que se había convertido secretamente en discípulo de Jesús, quien ofrece una sepultura nueva para Jesús y lo envuelve en una sábana que no ha dejado de acompañarnos desde entonces, pues se ha trabajado de prisa, hace algunos años, cuando declararon, prematuramente, que el Sudario de Turin, era falso, fabricado en la Edad Media. Los nuevos estudios y muy avanzados hechos estos últimos años tienden a restaurar plenamente la autenticidad del Sudario con las huellas tan precisas que nos deja de la Pasión de Jesús, tan conformes a la realidad física, y que paradójicamente sólo se han vuelto hablantes hace un siglo, gracias a la fotografía.

El rostro de Jesús en el Santo Sudario, el rostro de un muerto, refleja una extraordinaria serenidad. Cuando llegemos al último día y que contemplemos por primera vez el rostro de Jesús en la gloria, será este mismo rostro que conocíamos desde hace un siglo en el Sudario. Pero cuyos ojos se habrán abierto para mirarnos, para acogernos y amarnos por la eternidad. Jesús es sepultado en la tarde del Viernes Santo, es en la esperanza y en la espera de su bienaventurada Resurrección y de la nuestra, un día en su seguimiento.

¡Que tal sea nuestra esperanza por siempre!

Estribillo

*Pongo mi esperanza en el Señor
¡Estoy seguro de su palabra !*